

## La negación de la abnegación

*Fernando Torre, msp.*

«Habría que cambiar eso de “abnegación”», me dijo espontáneamente una persona que se dedica a capacitar profesores. Yo le había hablado del proyecto educativo que tenía José Vasconcelos, que incluye: una labor docente caracterizada por valores, la formación de los profesores y enseñar con el ejemplo. Los valores que señala son: abnegación, humildad, ánimo y una moral de servicio.

Me extrañó su reacción, pues es una persona abnegada.

¿De veras habrá que cambiar u olvidar la abnegación? ¿Es un valor, un ideal a alcanzar, o no?

¿Acaso podríamos enfrentar las dificultades de la vida, crecer como personas, convivir con los demás y hacerles bien, realizar una misión o caminar hacia la santidad sin olvido propio?

Jesús nos dice: «Quien quiera venir conmigo, *niéguese a sí mismo*, cargue con su cruz y sígame» (Mc 8,34). La abnegación no es masoquismo ni autodestrucción; no es una lucha contra mí, sino contra mi egoísmo y mi pereza que tanto me dañan, contra lo que en mí se opone al proyecto de Dios y me hace enemigo de los demás.

Sin renunciar a nosotros mismos, sin abandonar nuestra manera egoísta de vivir, nos destruiríamos, pues quedaríamos a merced de nuestros antojos, caprichos, estados de ánimo y pasiones.

Si el término “abnegación” nos parece inadecuado, cambiémoslo, pero sin pretender eliminar de nuestra vida el esfuerzo, la generosidad, el altruismo, la solidaridad, la fortaleza, el dominio propio, el servicio; la capacidad de cargar la cruz, de soportar privaciones, de resistir en las adversidades sin quebrarnos, de luchar por conseguir una meta; el valor para enfrentar peligros y para realizar un sacrificio por el bien de otros.

La abnegación es compatible con el gozo, el disfrute, la satisfacción, la felicidad. Más aún, en gran medida, es su causa.